

EXCELENTÍSIMA SRA. ALCALDESA DE CASTILLEJA DE LA CUESTA,  
JUNTA DE GOBIERNO DE LA HERMANDAD DE LA PLAZA,  
HERMANOS DE LA HERMANDAD DE LA PLAZA,  
COFRADES, SEÑORAS Y SEÑORES:

1.-Agradecimientos.-

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a la Junta de Gobierno de la Hermandad de la Soledad para agradecer, el detalle y el alto honor para con mi persona al designarme como Pregonero de la Semana Santa de esta mi hermandad en el año 2006.

Asimismo deseo agradecer el infinito apoyo y confianza que han depositado en esta humilde persona, mis hermanos de la Junta de la Asociación de costaleros de la hermandad de la Plaza. Sin su aliento nunca hubiese sido capaz de subirme a este atril. Fueron ellos los que cubrieron la falta de valor ante el pregón y su amistad y cariño la tinta que necesité para escribirlo.

Quiero agradecer públicamente a mi familia el cariño y comprensión que me han demostrado en estos días en los cuales dedicaba muchas horas a escribir. Ellas han sabido entender lo que este pregón significaba para mí. Va por vosotras.

En último lugar a aquellos que pensaron, buscaron y pintaron este jarrillo para que bebiera agua. Es el regalo más bonito que podía hoy tener. Con ese jarrillo se apaga la sed de los que disfrutaban debajo de una imagen tras cada chicotá. Con ese jarrillo inundáis hoy mi vida con el cariño demostrado.

2.-Ser de la Plaza.-

Es muy difícil para profanos no doctos en la realidad de esta villa lo que conlleva el reconocerse como “ser de la Plaza”. En esta simple oración se encierran las más profundas tradiciones religiosas, pasadas de generación en generación y datadas, según el libro sobre la historia de nuestra hermandad, en el año 1370. En esa fecha se tiene constancia de la existencia del templo de Santiago. A su vez, el hecho diferencial de esta frase, nos retrotrae a una forma de

sentir, de dar norte a nuestra vida, de sentirnos gremialmente distintos. Y es lógico sentirse orgulloso de tanta historia, de tanto rancio sabor a antiguo, de mostrar al mundo que somos la continuación de siglos de rezos y esperanzas, de lloros y alegrías en torno al sitio donde nos encontramos, a nuestra iglesia, a nuestra parroquia. Todo lo anterior no tendría hilo conductor si no fuera por el rojo sangre, rojo de pasión que nos caracteriza. “Ser de la Plaza” es comprender el misterio del nacimiento de Cristo a través de nueve días en las Jornaditas. “Ser de la Plaza” es haber sido acunado con nanas que eran canciones del coro de campanilleros. “Ser de la Plaza” es apasionarte con el estruendo de un cohete. “Ser de la Plaza” es palpar de emoción con el retumbe de un tambor. “Ser de la Plaza” es llorar en silencio cuando ponen a Jesús de los Remedios en su urna o emocionarte con la salida inigualable de la Virgen a su plaza. “Ser de la Plaza” es tradición, es historia, es orgullo, es la pureza de un sentimiento. En mi caso, mi familia me conectó con el pasado, me extendió sobre mi ser todos los siglos de cariño, de amor a la hermandad. Vestí desde que nací la túnica y acompañé a la señora en una tarde de Viernes Santo. Sin todavía saber caminar, ya me habían enseñado a seguirte. Sin todavía saber hablar, ya me mostraron lo que era quererte. Sin todavía conciencia, ya me habían impregnado del estigma necesario para “Ser de la Plaza”. No fui un caso distinto al de tantos otros. Aquí, en nuestra hermandad, todos tenemos una abuela, una madre, una tía, algún pariente que haga el papel de maestro transmisor de sentimientos, de cariño, de generación en generación.

En mi caso, mi abuela, desde pequeño, enseñó a su nieto a rezar en silencio a su Cristo de los remedios, a enmudecer en su presencia, a confiarle que diera remedio a sus aflicciones, a sentirlo, a quererlo, a amarlo. Un día se fue con él, seguro que a su lado, con su cristo...

Ya no estás a mi vera  
Fuiste con Cristo al cielo  
Siempre te hecho en falta  
Cuan solo me fui sintiendo.

Me enseñaste a rezar  
Nueve días en Navidad  
Descubriendo en un portal  
Al rey de la humanidad.

La tradición la seguiste  
Vistiéndome en nazareno  
Aplicándome alfileres  
Sobre el negro terciopelo.

Cuanto disfrutabas viendo  
En tarde de Viernes Santo  
Al pequeño de tus nietos  
Dando la vuelta al pueblo.

A las ocho de la tarde  
La alegría ya era rezo  
Cuando salía a la calle  
Tu Cristo de los Remedios.

A las ocho en Castilleja  
El rezo pasaba a llanto  
Lágrimas en las mejillas  
Sintiendo que estaba muerto.

La plaza se queda muda  
Solo se rompe el silencio,  
Cuando sale la Soledad  
Siguiendo al Santo Entierro.

Ya no tengo a mi abuela,  
Soledad, madre y reina  
Te la llevaste a tu vera  
En el cielo como estrella.

Si desde el cielo contemplas  
A tu nieto que está aquí,  
Sé que estarás orgullosa  
Este pregón va por ti.

### 3.-Mi cuaresma.-

..... Y soy de la Plaza. Para llegar a esta afirmación existe un gran trabajo de enseñanzas, de transmisión de creencias que descansan sobre la familia. Es en ella donde se produce la metamorfosis desde el niño pequeño, indefenso, hacia el hombre cristiano con principios, con valores que aportar a su descendencia. Esta obra, este milagro, como tantos otros, se produjo en mi caso en el seno de mi familia.

La vida de cualquier cofrade está llena de momentos. Son esos pequeños recuerdos los que emocionan, los que llegan al corazón, los que hacen de cada cuaresma una experiencia única. Es en ella en donde se revive la expectación del momento presente y la melancolía de los vividos. Recuerdos henchidos en lo más profundo del ser, momentos que quedan grabados en el alma.

Mis primeras vivencias cofrades, las que guardo y revivo cada año empiezan siempre cuando yo era pequeño, muy pequeño, de la mano de mi abuela. Siento al recordarlas que las vuelvo a vivir de nuevo, me observo correteando por mi iglesia, en una tarde del septenario a mi Soledad. Para mí, el Septenario es como un conjunto donde se mezclan las canciones del coro, las nubes de incienso y un haz de luces distintas, que le dan a la parroquia un ambiente mágico, un ambiente que te envuelve y te transporta a momentos únicos. La veo majestuosa, en un altar en las nubes, no sabiendo si Ella me sonrío o me guiña un ojo. Vuelvo a notar el ambiente sobrio, el respeto de la seriedad del momento. Siento que la Virgen me llama, me cuida, me observa. Han pasado muchas cuaresmas desde entonces pero, cada vez que la veo, noto las mismas

sensaciones. Estoy seguro que cada año Ella mira entre el gentío, y busca a aquel mocoso de antaño, hoy convertido en hombre, para sentir mi cariño, para sentir como me sigue costando mantenerle la mirada, para sentir el amor que le profeso.

Es el Domingo de Besamanos un día muy grande. Casi tanto como lo es un Viernes Santo. La Iglesia presenta su cara más solemne. La humilde parroquia se transforma en un balcón del cielo. Es el ritual de iniciación para los nuevos, el juramento de lealtad para todos. Estando en la fila, para jurar las reglas, se contempla al abuelo, con su hijo y con su nieto. Cada año alguno más, pues nadie muere en la Plaza. Los que faltan están en el cielo, en largas filas de hermanos. Que suerte poder ver de cerca, poder hablarle al oído a la reina de los cielos. La reina de Castilleja, la madre de los placeños, baja del altar para ver a los hermanos como juran fidelidad, para notar el cariño de su gente, para cubrirse del manto más rico que pueda tener, el del amor de sus hijos.

Cuando la tengo delante, para besarle la mano, nos miramos a los ojos, la respiración se acelera, las manos me tiemblan, los nervios afloran y desde mi corazón te digo...

Las campanas ya repican  
Suenan a domingo grande  
Los arcos se engalanan  
La Señora quiere verte.

Cuando pude acercarme  
Sólo ante tu bello rostro  
De la emoción de verte  
Lágrimas finas manaron

Que bonita me pareces  
Cuando te miro a los ojos.  
Sabiendo de tus pesares,  
Escuchando tus sollozos.

Madre de la Soledad,  
Pidiendo a ti cobijo  
Queriéndote de verdad,  
Aquí tienes a tú hijo.

Al hijo que te venera,  
Que siente tu soledad.  
Dame fuerzas mi Señora,  
Para seguir mi caminar.

Te imploro por los que odian,  
Por la gente con maldad.  
Mucha vileza en el mundo,  
Cuanta gente sin piedad.

Las estrellas se acomplejan  
Con el brillo de tú cara.  
Los luceros se amilanan  
Cuando sienten tu mirada.

Eres Reina y Señora  
Y Castilleja tu pueblo.  
Soledad eres la rosa,  
Eres flor del desconsuelo.

Eres luz en la oscuridad,  
Farol que nos ilumina  
Ejemplo en la humildad  
Que nos falta cada día.

Eres mi Virgen, Soledad  
A la que rezo en silencio  
Imagen de la bondad  
Al perdonar los desprecios.

Eres la esencia en la Plaza  
Como la rima a los versos  
Como el cante a la saeta  
Como el silencio al rezo.

Eres inocente gracia  
Como el lucero a la noche  
Como el rezo a la plegaria  
Plegaria hecha en tu nombre.

Eres la Virgen hermosa  
Como hermosa tu cara  
Tersa como una rosa  
Y divina tu mirada.

Eres la Virgen morena  
A la que beso la mano  
A la que cuento mis penas  
En confesión de cristiano.

Eres la Virgen Coronada  
Por querubines del cielo  
Tus hijos te acompañan  
En tu dispar desconsuelo.

No se si estoy despierto,  
O quizás estoy soñando.  
Cada año más te siento,  
Siento que te voy amando.

Al mirarte me emocio  
Se me turba la razón,  
Alejado de este mundo  
Sólo estamos, tú y yo.

Como te tengo a mi vera  
Prendida en mi corazón.  
Siempre me siento Señora  
Soleano de devoción.

....Para algunos, la soledad que puede sentir en algún momento de la vida suele deberse a aquella necesidad de alguien cuando pasa momentos malos, momentos en los cuales sufren. Normalmente esos momentos de crisis se suelen pasar cuando se encuentran solos, cuando se dan cuenta de nuestra individualidad en el mundo. Para muchos otros, la sensibilidad y desarrollo del ser humano, no la conciben sin la soledad, sin el conocimiento interno de la persona. Soledad, implica meditación, implica un estado de investigación personal que nos lleve a la búsqueda del sentido de nuestra vida, que nos conduzca a la búsqueda de Dios, a la ratificación en la perfección como persona a través del camino marcado por Cristo. Sentir la soledad de la Madre, nos confiere estabilidad mental, nos da una constancia en nuestros actos que nos confiere carácter.

Esa es la diferencia, el estigma que nos distingue a aquellos que desde las más profundas convicciones nos denominamos “soleanos”. Es en este domingo de besamanos cuando revalidamos ante nuestra virgen esa forma de ser, esa manera de actuar ante la vida, ese carácter, que nos distingue de todos.



Cuando el día llega a su ocaso, la noche llega a la Plaza, el azahar de los naranjos, destila fragancias de tiempos pasados, los viejos arcos que la delimitan se muestran arrogantes, el torreón de la iglesia altivo ante la majestuosidad vivida. Cada año es igual y, sin embargo, ¡como me parece distinto! Aquel mocoso que era aprendió con la edad que la Soledad te espera todo el año, siempre te demuestra tener la paciencia de la madre, perdonando las faltas y los descuidos y, sólo cuando estás ante ella, sientes que Ella nunca te dejará, Ella siempre te ayudará y la tendrás a tu lado.

Para un cofrade, los días en cuaresma van pasando inexorablemente. El tiempo parece que corre más deprisa que en cualquier otra época del año. A todos nos gusta vivir, sentir estos momentos como si cada segundo fuese el último, saboreando cada uno de esos instantes. ... Y lentamente, esos momentos llegan. La Plaza va cambiando, va tornando el domingo grande de besamanos. La luz que la llenaba se va apagando, se diluye y se transforma en negro, con la oscuridad de la noche, con la tristeza que va llegando y que nos ahoga. Mi Cristo de los Remedios se nos presenta en mitad de la cuaresma para hacer fe en las calles. Es el Hijo de Dios que viene a redimirnos con su muerte y nos exhorta a la meditación, nos ejemplifica el amor por los demás, nos guía hacia la perfección como cristianos. No puede ser buen cofrade quien no alimenta y ayuda al desvalido, quien no tiene caridad con el pobre, quien no perdona por orgullo, quien no ve en el débil al propio Jesús. Hay que entender que el “vía crucis” o “camino de la cruz”, es un camino de oración, que busca y persigue adentrarnos en la meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en su camino al Calvario. Y precisamente eso es lo que se siente, lo que yo siento cuando lo veo en la calle. En el momento en el cual se abren las puertas y mi Cristo rompe la noche, me estremezco, la angustia me recorre hasta que consigue bloquearme, hasta que me aislo con Él, con su presencia, en su quietud de sueño eterno, meditando y rezando.

Mi gente de la plaza, sus devotos, palpan la quietud de la muerte, la desazón que exaspera, la inquietud interior que provoca el sacrificio del Padre. Se siente el silencio de la ausencia, la mirada baja, apesadumbrada, quizás sentimos cada año que algo nuestro muere con Él.

En la quietud del silencio, la noche se espesa, el aire se endurece, se vuelve agrio, es difícil respirar, se satura la cognición natural de entendimiento y nos volvemos frágiles, débiles, minúsculos ante su gran ejemplo de amor, su enorme sacrificio y, cuando todo parece abatido, las puertas de la parroquia se abren.....

Preñado de luto el aire  
Hoy no es jueves cualquiera.  
El silencio es audible  
A las puertas de la iglesia.

La parroquia abre sus hojas,  
Los naranjos guardan luto,  
Los luceros no brillan,  
Mi Cristo está difunto.

Todo parece callar  
Cuando contemplo el sepelio  
Para llevarlo a enterrar  
Al Cristo de los Remedios.

Y te pido Remedios,  
Remedios en la codicia,  
Remedios en el orgullo  
Y también en la avaricia.

Auxilio para los males,  
Que nos depara el futuro.  
Caridad para los pobres  
Que no se encuentren sin rumbo.

Un camino en silencio  
Un viaje de reflexión.  
Un camino de amores  
Es el camino a la cruz.

Las estaciones se rezan  
Por las calles de mi pueblo  
En muchos hombros te portan  
Formando el largo duelo.

El vía crucis ha llegado  
A la iglesia en penumbra.  
Llena de hijos llorando  
Al ponerte en la urna.

Y la plaza se estremece  
Cuando desde un rincón  
Un cante rompe la noche  
Para rezarte una oración.

No es un cante cualquiera  
Le sale del corazón  
Es un quejido del alma  
Que canta con fe y amor.

Es Jesús de los Remedios  
El que en la urna descansa  
Del tormento del calvario  
De las burlas y las chanzas.

Eres ejemplo de amor  
Que en la Plaza no se olvida.  
Eres el hijo de Dios  
Al que rezamos cada día.

#### 4.-La Hermandad como cristiano.-

..... Desde que uno alcanza en la vida un determinado nivel de conciencia, la Hermandad de Santiago o la Hermandad de la Plaza, como yo prefiero llamarla, es peculiar. La vida que desarrolla es diferente a la de cualquier otra. El año está cargado de cultos diferentes y distintos. Los actos de la Semana Santa son el centro de todos ellos y además es innegable su omnipresencia en cualquiera de las acciones que la hermandad lleva a cabo. Ahora bien, ¿entendemos lo que realmente significa pertenecer a la Hermandad? Creo sinceramente que hoy en día, la mayoría se queda con la festividad, con la superficialidad de los actos, con la temporalidad de una fiesta laica y no reflexiona sobre el verdadero significado de la pertenencia a una Hermandad como cristianos.

El concepto de Hermandad, es un concepto cristiano, es a fin de cuentas una Comunidad, es un grupo de personas unidas por una misma fe, que en virtud de ella tratan de vivir de forma comprometida con el Evangelio. Esta Comunidad la debemos de vivir sintiéndonos hermanos entre los que la conformamos y dando testimonio de amor por los demás. El verdadero fin que debe perseguir la Hermandad es el de encauzar toda la religiosidad, la devoción, el misticismo que tiene el pueblo hacia una imagen y canalizarla hacia la verdadera verdad, hacia la verdad de Cristo. Una Hermandad no es una peña, no es una asociación, ni siquiera son las imágenes o los templos.

Hoy en día, el papel que cobran las hermandades es más importante, si cabe, que en épocas pasadas. Estamos inmersos en la cultura del dinero. El materialismo y el pragmatismo se imponen como filosofía de vida. Se admiten como única realidad lo material, negando la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana. En el fondo, estamos viviendo en una época en la cual la reafirmación de las creencias religiosas y la defensa de los valores cristianos

como amor, fe, caridad, humildad, etc., se nos presentan como obsoletas, arcaicas frente al nihilismo imperante como pauta de modernidad que niega toda creencia y todo principio religioso, político o social.

Los valores de la sociedad, de la cual somos parte, están en continua crisis. La actitud que adoptamos no es la de amor y ayuda al prójimo sino que intentamos justificar actitudes. Siempre la culpa es de otro. Tenemos múltiples problemas a diario que conviven con todos nosotros. La droga está arruinando a muchos jóvenes que hacen que la vida de las familias sea un particular calvario. La soledad de los mayores que en muchos casos se olvidan de que tuvieron familias. El goteo de muertes en nombre de ideas absurdas o en nombre de unas creencias que no defienden la vida. Enfermedades como el cáncer o el sida que postergan al enfermo a muerte segura. Ante todo este panorama de problemas sociales es muy difícil para alguien con creencias cristianas, alguien que ama a Nuestra Señora, no ver a la Virgen de la Soledad en cada uno de ellos. ¿No está la Soledad presente en aquellos que en unas maderas se enfrentan a los peligros del mar? ¿No siente presente a la Soledad como única compañera la madre que ve al hijo perdido en el mundo de la droga? ¿Que le queda a los ancianos olvidados de su familia si no es la Soledad? ¿A aquellos que les asesinaron a alguien querido no sienten el vacío más absoluto? ¿No siente la Soledad los enfermos terminales a los cuales se les ahoga la esperanza de vida?

Seguramente todos ellos estén más cerca de Dios y de su bendita Madre que la mayoría de nosotros, por muy cofrades y devotos que seamos. Dios siempre está con el pobre, con el afligido, con el desgraciado, con el desvalido.

Los hombres necesitamos sentirnos personas, todos tenemos necesidad de afecto, de amor, de tener algo en nuestra vida que realmente valga la pena, que hay amigos de verdad y sobre todo que debe de existir algo después de que nos llegue la muerte. Para los que nos sentimos cristianos, la respuesta a todo ello está en Cristo. La Hermandad es la principal evangelizadora actualmente ya que en su seno es el lugar donde puede encauzarse la religiosidad hacia el verdadero compromiso con Dios.

Existen muchas formas que expliquen el porqué una persona ingresa en la Hermandad, la tradición de la familia, la devoción hacia nuestros titulares, la amistad con algún hermano, o bien las ganas de participar en los cultos que se desarrollan. Lo que verdaderamente tiene importancia no es como uno llega a la hermandad sino el crecimiento que como cristiano y como persona con valores llegue a hacer la Hermandad de él.

La juventud percibe menos sentido a los valores y se automargina al pertenecer a una sociedad que no la comprende. Nuestra Hermandad no ha hecho oídos sordos hacia el papel que desempeña y ha puesto especial atención hacia este segmento de la sociedad que quizás es más sensible al vacío de valores como son los jóvenes. Cada día es más palpable la implicación y la importancia que va alcanzando nuestro Grupo Joven. Son ellos el futuro y con ellos nos aseguramos la renovación y la continuación de nuestro espíritu, de nuestras tradiciones, de nuestra forma de ser en el tiempo. Desde que conozco a la gran mayoría de sus componentes, alguno desde que nacieron, no tengo dudas de que tendremos savia nueva y gente importante que hará historia en nuestra Hermandad. Son un grupo comprometidos con nuestras reglas, con nuestra fe. Quizás ellos sean el colectivo que dentro de nuestra Hermandad esté más preparado tanto cultural como religiosamente. Han demostrado saber vivir la devoción a nuestros titulares y han innovado en cuanto a forma de participación, con la formación del grupo de hermanos acólitos, grupo imprescindible para la celebración de muchos de nuestros cultos. Son jóvenes que no dan la espalda al compromiso, no decaen ante las adversidades, no se amilanan por la magnitud de las empresas que acometen, son la influencia bendita y necesaria, son el soplo de frescura, de descaro, de desparpajo, que todos nosotros necesitamos. Bendito seáis por cuanto hacéis. Bendito seáis por ser savia nueva. Bendito seáis por entender el amor a Cristo. Bendito seáis por vuestro compromiso. Bendito seáis por vuestra humildad. Bendito seáis por María Santísima de la Soledad, porque ella os ayuda, os guía en la vida. Y yo como hermano vuestro sólo os puedo decir... gracias, gracias por vuestro cariño, gracias por vuestra valía, gracias por vuestro trabajo, gracias por vuestra vitalidad porque sin vosotros la Hermandad de la Plaza ya no sería la misma.

Pero si importante es tener a los jóvenes conectados con nuestra Hermandad, quizás lo primordial, la base de la riqueza cultural y patrimonial que tenemos, son todos aquellos

hermanos que durante el año se esfuerzan, se afanan en buscar tiempo para trabajar en el día a día. Unos por pertenecer a la Junta de Gobierno, otros a nuestro muy antiguo coro de campanilleros, otras al coro de mujeres, otros como simples hermanos. Todos ellos dan ejemplo de lo que significa vivir comprometidos con Cristo, dan testimonio de su fe y su amor por todos los demás. Son muchas horas de dedicación sin límite, de sinsabores, de altruismo, y todo ello sólo por amor, por el amor sin condiciones que muchas generaciones de hermanos han ofrecido a nuestro Cristo de los Remedios y a nuestra madre, La Soledad. Ellos han dado lo mejor de sus vidas, han puesto sus ansias de superación, sus ilusiones en el trabajo para la Hermandad. ¿Cuánto sacrificio tiene trabajar a diario durante nuestra “velá”? Seguramente el mismo sacrificio que el montar durante nueve días nuestras “jornaditas” en Navidad. Mucho esfuerzo para que los hermanos podamos disfrutar de la Navidad a la manera de Castilleja. Mucha dedicación para que podamos evangelizar a nuestros hijos y les expliquemos con imágenes el misterio del nacimiento de Jesús. Ellos, con su empeño de dar sin pedir nada a cambio, son los responsables de que disfrutemos de nuestra grandeza, de nuestro orgullo, de nuestro esplendor en estos días de cuaresma. Son muchas las generaciones de hermanos que han disfrutado dando, que se han batido contra las adversidades, para que año tras año, el esplendor de nuestra Hermandad sea mayor. A todos vosotros, a aquellos que estáis y a todos los que están en el cielo, con Ella, gracias. Gracias por poder sentirme orgulloso de haber nacido en Castilleja y gracias por poder ser de una hermandad tan grande como es mi Hermandad de la Plaza. La notoriedad de la Hermandad la habéis hecho vosotros, a lo largo de varios siglos, porque grande era vuestro corazón y porque grande era el amor que tenéis a Ellos. Que la Señora y mi Cristo de los Remedios den fuerzas a las generaciones venideras para que continúen vuestro ejemplo y labor.

La Plaza es grande, porque sus gentes son grandes. En nuestra hermandad hay un grupo de personas especiales, distintas. Para encontrarlas hay que venir a nuestra Iglesia los miércoles por la tarde. Ellas nunca han buscado protagonismo y su labor es tan importante como la de cualquier otro. Jamás han sido alabadas, tampoco lo quieren. Son esas benditas almas que trapo y fregona en mano hacen relucir nuestra parroquia. Son esos corazones que roban a su familia una tarde todas las semanas. Hacéis la labor callada pero constante. Sois el ramillete de flores que adorna a la Virgen durante el año. Sois ejemplo de humildad. Sois ejemplo de fe. Sois

ejemplo de amor. Y la Señora, los viernes por la tarde, no está sola, su cara morena tiene una luz especial, distinta. Es la luz del brillo que tienen sus ojos cuando está con ellas, con sus niñas. Y sus niñas lo saben, sienten en la quietud de los viernes que su Madre está con ellas.

### 5.-La Hermandad como cofrade.-

En estos días asistimos como espectadores perplejos al milagro de la eclosión de la primavera. La melancolía de los días del invierno deja paso a la luz. La naturaleza nos invita a sentir, el azahar se asoma y nos embelesa con su aroma. Los cofrades sentimos que la vida vuelve a comenzar. Los momentos que recordamos, que evocamos como presentes, son siempre los primeros vividos. Soy nazareno de la Señora casi desde el mismo tiempo que soy persona. Me impusieron la túnica con un chupe como cirio y los recuerdos que tengo son las fotografías que con orgullo guarda mi familia. Me acuerdo con pocos años de lo nervioso que estaba dos o tres días antes de salir. Según me cuentan para aguantar era indispensable la compra de algún globo o juguete que entretuviera. Todos los que tenemos hijos sabemos lo que es eso. Casi de aquello cuento más de oídas que de memoria. Lo que siempre quedó grabado en mi corazón fue el año que decidí bajarme para siempre el antifaz. Mi túnica ceñida al cuerpo, el cordón ajustado y mi capa tersa y reluciente. Me despedí de quien ya por edad no podía salir, y me apresté a salir de casa. Cuando estuve en el dintel de la puerta, justo en el instante antes de ganar la calle, giré la cabeza y contemplé a quien me enseñó a ser de esta hermandad, quien me vestía hasta ahora, con las lágrimas asomadas. Eran lágrimas de orgullo, eran lágrimas de satisfacción. No pude articular nada, sólo pude esconder mi rostro bajo el antifaz. Y fue en ese momento cuando me sentí nazareno. Sentí como Jesús me decía: “Toma tu cruz y sígueme”. Y desde ese instante ya nunca me aparté de Él. A pesar de mi temprana edad, ya todo cambió para mí, ahora entendía lo que significaba la Semana Santa y la propia vida. El camino que separa mi casa del templo me concedió el tiempo suficiente para mirar a mí alrededor y verlo todo distinto. El sol cobrizo del atardecer se entremezclaba con algún atisbo de nubes traicioneras. El cielo desprendía melancolía. Algunos balcones engalanados con negras colgaduras de luto terminaban de matizar la seriedad del día. ... Y asomé a la plaza, llegué al lugar sagrado, al lugar que sentimos como nuestro. La gente dificultaba el acceso a la Iglesia. Cuando entré, la visión me cautivó. Entre un mar de capirotos negros y rojos, la luz adornaba la cara de la Señora, convirtiéndola en el centro



de todo. Esta experiencia es prodigiosa pues se palpa la inquietud de los momentos previos. Los más pequeños absortos ante sus primeras vivencias, los jóvenes exasperados con la espera, los mayores abstraídos en sus rezos. En ese momento, cierras los ojos y recuerdas a los que te faltan al lado. Notas que se te humedecen los ojos y sientes que un río te inunda las mejillas. Sí, hay lágrimas, el corazón empieza su frenética carrera, los sentimientos te inundan, te abruman.

Y de pronto, con tu cirio encarnado, escuchas el cerrojo de las puertas. Se abren y la luz bendita del atardecer anuncia que la espera, esa larga espera que dura un año, ha finalizado. El milagro se repite, ya estoy en la calle. La suave brisa, cargada de aromas perfumados, se mezcla con el incienso. Veo a la multitud y no veo a nadie. Sólo me acompaña mi cirio, y siento que estoy sólo bajo mi antifaz, tela con la que cubro mi llanto, tela con la que cubro mi pena, tela con la que cubro mi penitencia. Sólo giro mi cabeza cuando se escucha el silencio, porque el silencio se percibe cuando la urna dorada que contiene a mi Cristo se asoma al dintel de la parroquia. Los resquicios de sol que quedan en el atardecer encienden las maniguetas. Muy despacio, muy despacio, se asoma Cristo a los suyos. Ese instante eterno hace que el sentimiento te ahogue, no puedes reprimirte, no puedes evitarlo pero lloras, lloras desde tú corazón, lloras con toda tu alma, lloras por Él.....

Cuando el día se oscurece  
Y la noche se presenta,  
La tristeza nos envuelve  
Al ver Tú rostro de cerca.

Y desde niño aprendí  
Que vestir tu terciopelo  
Era acompañarte a Ti,  
Era alcanzar el cielo.

Mi antifaz ajustado  
Lleva cruz de Santiago.  
El cirio en una mano  
Alumbra el camino largo.

Llevo un año esperando  
La tarde del Viernes Santo.  
Llevo un año deseando  
Ayudarte con mi llanto.

Llevo un año imaginando  
Mi sentida penitencia  
Llevo un año soportando  
Mis pecados de conciencia.

Y la vela se enciende  
Con el llanto de mi alma.  
Que gran ejemplo nos diste  
Al querer sin pedir nada.

Eres palabra de amor  
Cristo de los afligidos,  
Cristo de nuestro perdón,  
Cristo de los Remedios.

Y no hubo en Ti rencor,  
Ni lágrimas ni lamentos,  
Ni siquiera maldición  
Sólo el amor verdadero.

Ese es el amor del Padre  
Que perdona a sus verdugos  
Y protege con su sangre  
La estupidez de este mundo.

Padre mío te confieso  
Mis pecados en silencio.  
En el silencio encuentro  
Soluciones y remedios.

Porque Tú estás conmigo,  
Porque Tú eres mi Dios,  
Desde que tengo sentido  
Te llevo en el corazón.

Porque Tú no estás muerto,  
Tú eres la esperanza,  
El amor y el consuelo  
De tus hijos de la Plaza.

Cuando mi Cristo está en la calle, el tiempo se para. Para la mayoría de nosotros, cuando su urna se adueña de las calles, sentimos que quizás ese instante sea el de mayor recogimiento. Jesús no está muerto, está presente porque lo sentimos. Sabemos que todos nuestros rezos los escucha. Esa es la forma de entender el entierro de Cristo a la manera de la Plaza, a la forma de Castilleja. Mi Cristo no se lleva en silencio, no se lleva en secreto, no se lleva a hurtadillas, ni su andar es ligero. Aquí su forma de caminar es lenta y cadenciosa, lleva siempre su paso acompañado, rítmico, pausado. Es la idiosincrasia de Él. Jesús de los Remedios es el júbilo y la alegría, el gozo y la esperanza, la promesa y el compromiso, Él es la muerte y la vida a la vez.

Rememoro, no sin cierta emoción, de esos momentos de gloria, de esos momentos que se esperan todo un año, de ese marco de Castilleja en el que se convierte la “esquina de Ibáñez”

cuando llega Él. Recuerdo la estampa irreplicable de un andar lento, cansino, muy despacio, casi sin querer ganar terreno. Era un movimiento corto pero firme que contraponía la música del “racheo” de zapatillas de esparto con los acordes de la banda que mi Cristo tuvo. Nunca más fue tan bien acompañado, nunca fue tan bien escoltado. Aquellos momentos en esa esquina hacen que cada vez que paso por ella, sea la época del año que sea, me pare y sienta que el eco de las cornetas, el olor de las rosas y claveles y el retumbar de los tambores permanecen allí. Esa esquina es la de mi Cristo. Allí se bautizaron los que siempre te quisieron, allí siempre estarás con los tuyos, con los de corazón, con los que siempre te acompañan. Eran épocas de chicotás de pasión, de chicotás de emoción, de chicotás de corazón, de costaleros de alma, de costaleros de raza que se conjuntaban a la perfección con los músicos hermanos. Mi Cristo daba fuerzas a sus hijos para parecer que eran marchas cortas, muy cortas que se sucedían una tras otra. Allí, en esa fusión entre banda y costaleros, aprendimos lo que puede llegar a decir el sonido desgarrado de una corneta, como puede hacernos temblar un redoble de tambor, como un esfuerzo sobre las trabajaderas puede transmitir un suspiro de pasión. Aquella banda tocaba de manera distinta, de manera especial. No soplaban instrumentos, aquellos acordes, aquella música era la que salía del corazón. Era la música del amor de unos niños que llegaron a ser hombres siguiendo al Cristo de su devoción.

En un Viernes Santo, los sentimientos, las emociones se suceden. En la Plaza todavía queda el amargor de la Pasión de Cristo, la tristeza contenida, el dolor presente cuando el murmullo crece en el silencio. Sí, ese silencio deja paso a una expectación contenida. Los nervios se dejan sentir y ya nadie permanece callado. La Plaza ha dejado de estar decorada con nazarenos de terciopelo negro cuando se llena de capirotos rojos que indican que la Señora está al llegar. De pronto, casi sin esperarlo, suenan tres golpes secos de martillo, tres golpes de atención que se escuchan, se sienten en todo el pueblo. ¡Sí!, el gran instante ha llegado. Ella se dispone a salir, se apresta a cruzar ese dintel que la separa durante un año de sus calles. Para mí, para todos nosotros que hacemos penitencia con un costal y una faja, sabemos que es el instante de mayor tensión. Esos tres toques metálicos del llamador se agrandan con el eco de la parroquia. Es la primera chicotá, la primera levantá; esa que sólo tiene una dedicatoria, esa que llevas esperando hacer durante un año. Es la levantá por la gente que cada uno quiere. Unos por los que no están, otros por sus mayores y todos por las familias, por la gente que queremos. Que

Ella nos da a todos salud y protección. La tensión es máxima, en ese instante aprietas el cuello al madero, los riñones se afanan de la presión de la faja, tu cuerpo se tensa, aprietas los dientes y tu corazón explota, tus sentimientos te pueden. Y toda la espera del año, todo el amor contenido brota en forma de lágrimas. Ya Tú y la Virgen, la Virgen y Tú sois uno. Ella te cuida y sientes su calor, sientes su amor. El peso ya no cuenta, sólo escuchas el tintineo del palio y su dulce sinfonía de sonidos. Es Música cofrade escrita por ángeles. Te sientes un privilegiado por estar ahí con Ella. Los pasos medidos, muy cortos. Ahora todo se hace despacio. El capataz lo dirige y lo enfrenta a la puerta y casi por arte de magia, el sueño, el milagro se hace realidad. Los varales de plata relucen, la mecida contenida, todos los movimientos medidos y la alegría, el alborozo, el gozo, el júbilo, las lágrimas, los nervios, todos los sentimientos dan paso a una explosión de la Plaza. Tus hijos ríen y lloran porque es mucha emoción, es mucho cariño, es mucho amor. La Reina de Castilleja, la dulce morena, la flor del desconsuelo, la reina de mis alegrías, La Señora está en la calle.

Y Castilleja cambia. Este pueblo sabe que Ella es su patrona, su guarda y su protectora. Los arcos majestuosos y los naranjos preñados de primavera, con el azahar de pasión, se arrodillan ante Ella. El discurrir elegante, fino, refinado, se mueve casi sin andar, casi sin ganar terreno. La Señora, reluce esa corona que un orfebre soñó y que está hecha con las joyas de los corazones de muchos hermanos. No es oro ni plata lo que mi niña luce. Esa corona está hecha de cariño, está hecha de amor, está cincelada con la pasión de los que te amaron. ¡Con razón le llamaron Grandiosa! En ella van fundidas las alhajas, las lágrimas y los deseos, el cariño, la devoción, la esperanza, y el amor verdadero.

Y ya sólo queda vivir el presente como pasado, acompañarte en tu recorrido, sentir que la Plaza es el corazón del mundo y sentir que toda esa espera de un año se nos va en un suspiro. Cada momento, cada instante, es un instante que permanecerá en mi recuerdo, es un recuerdo que alimentará mi alma. Pasarán los días y Jesús de los Remedios resucitará a la manera de Castilleja, con cohetes y tambores, con alegría y júbilo, con palmas y sevillanas y con su carreta de plata. Ya sólo queda soñar. Ya sólo queda el recuerdo. Recuerdos que siempre perdurarán.

Soledad tú eres la Reina  
Señora de Castilleja  
Madre de los que te adoran  
Cariño de historias viejas.

Me enseñaron a seguirte  
Desde el día en que nací  
Me enseñaron a quererte  
Todo me llevaba a ti.

Castilleja enamorada  
De tu cara de princesa  
De tus mejillas rosadas  
De tu mirada tan bella.

Madre de mis sentimientos  
Reina de mis alegrías  
Consuelo de mis tormentos  
Que te cuento cada día

Soledad con tu mirada  
Me quitaste la razón  
Con tus lágrimas de plata  
Te entregué mi corazón.

Y cada año te pido  
Fuerzas “pa” volverte a ver  
Nunca olvides a tus hijos  
Pastora de atardecer

Cuando yo me hago la ropa  
Siempre me acuerdo de ti  
Cuando me pongo la faja  
Justo antes de salir.

Cuando me llaman al cielo  
Mi sentimiento es por ti  
Cuando siento el madero  
Siento que estás junto a mí.

Y Dios regaló una flor  
Y al pueblo del amor mío  
Para que le diera amor  
Cariño y señorío.

Y cuando falte de aquí  
Cuando ya no pueda verte  
Cuando no pueda sentir  
Tu salida entre las gentes.

Cuando no pueda escuchar  
Un viva a la Soledad  
Ni siquiera imaginar  
Esa cara de bondad

Esa cara de dulzura  
Esa mirada de niña  
Ese rostro de amargura  
De tristeza contenida.

Cuando no pueda seguirte  
La tarde del Viernes Santo  
Ni ser tu fiel penitente  
Andando detrás del manto

Escuchando bambalinas  
Sintiendo esos racheos  
De gastadas zapatillas  
De Hermanos Costaleros.

Cuando la vida me falte  
Cuando ya no esté aquí  
Pediré permiso a Dios  
Para venir ante Ti.

**HE DICHO.**